

## Las Fuerzas Armadas ante el Congreso

INFORMABAMOS ayer extensamente sobre la sesión de la Comisión de Defensa del Congreso en la que el general Gutiérrez Mellado expuso las diversas leyes y reformas que está desarrollando el Ministerio de Defensa, al tiempo que contestaba numerosas interpelaciones de los congresistas. Puede decirse que, prácticamente, salieron a relucir todos y cada uno de los aspectos de que consta una política militar y también algunos de una política de defensa. Aspectos relativos, dentro de la primera, a legislación, orgánica, personal, servicio militar, infraestructura, armamentos, etc. Ante la imposibilidad de expresar una opinión acerca de tan variadas cuestiones sacadas a colación, surge inevitablemente una pregunta. ¿Tantas son las cosas que estaban por hacer? Como sería difícil calificar de superflua cualquiera de las cuestiones que salieron a relucir, cabe llegar a la conclusión de que durante mucho tiempo se estuvo barriendo hacia debajo de la alfombra.

La puerta que se dejó abierta para que los informadores asistieran a la sesión es un símbolo de la claridad y franqueza informativa que propugnó el ministro de Defensa con relación a los temas de su departamento. Tal vez alguna de las muchas cosas que quedan por hacer sean achacables al desconocimiento general que reina sobre asuntos de Defensa, desconocimiento absurdo teniendo en cuenta que es un campo de interés primario para la nación, de una tarea de todos los españoles y que requiere un tanto por ciento elevado del presupuesto. El lógico secreto que debe velar algunos detalles de la Defensa no puede degenerar en oscurantismo global que encubra ineficiencias, errores y olvidos. Secuela de los defectos de información pudieran ser también los tratamientos incorrectos de que en ocasiones han sido objeto las Fuerzas Armadas y de los que se ha quejado el ministro de Defensa.

Es importante observar que la reorganización o reformas en curso carecen de contenido político determinado o partidista. Ni siquiera son reformas, llamémoslas, democráticas sino reformas técnicas y profesionales. Esto resulta fácil de comprobar sin más que releer las cuestiones abordadas en la sesión del Congreso. No se están construyendo unas Fuerzas Armadas democráticas —que no existen en ninguna parte ni, probablemente, puedan existir— sino unas Fuerzas Armadas para una nación democrática. La diferencia es sustancial por cuanto, si bien caben lógicas dudas acerca de la eficacia de unos ejércitos que se gobiernasen con arreglo a los postulados democráticos y sin una firme jerarquización, existen sobrados ejemplos de ejércitos de naciones democráticas cuya eficiencia y capacidad son envidiables.

Cambiemos ahora de tercio. Todos los partidos políticos están de acuerdo en la no participación de los militares profesionales en la política. En justa reciprocidad, pues, los partidos tienen la obligación de exigir a sus afiliados que se abstengan de hacer política en los cuarteles, actividad tan ilegal como la actuación allí de los partidos no reconocidos. Esto es una cuestión de disciplina de partido y de juego limpio, un acuerdo no discutido ni suscrito entre las Fuerzas Armadas y los partidos. La arena donde lidiar las reformas militares no es otra que la de las Cortes y sería una grave equivocación —por la reacción que motivaría en los militares— querer utilizar para este fin los patios de los cuarteles.

Recordando la celebración de la reciente Pascua Militar, en los escasos días que llevamos de año el tema militar está ocupando las primeras páginas, lo cual constituye un índice de la decisión y firme propósito con que el Rey y el Gobierno están llevando la reforma militar. Falta, es cierto, un ingrediente tan necesario como es el dinero —en grande— para poderla realizar a toda máquina. Mas, pensemos que el dinero, por sí solo, no bastaría tampoco. El ministro de Defensa ha dicho que "lo que tenemos que hacer es que el dinero que gastemos en Defensa, lo gastemos bien". Muchas de las reformas tienen precisamente esa finalidad.

El apoyo y la colaboración que necesita la obra en marcha han de proceder, básicamente, de los militares y de los políticos. Habida cuenta de la envergadura y complejidad de la operación a realizar, ambos estamentos han de hacerse una reflexión. Los militares, que difícilmente cabe imaginar una reforma más moderada. Los políticos que, siendo realistas, tampoco una más avanzada.

## Pecados capitales

UN restorán en día de fiesta, o en víspera, es todo un espectáculo. Cada vez que, por una razón u otra, me arrastran a almorzar o a cenar en uno de estos establecimientos, no puedo evitar un recuerdo infantil del catecismo: la noción de «gula», pecado capital como todo el mundo o casi todo el mundo sabe. Y me estoy refiriendo precisamente a sitios donde «se come bien», desde luego, pero no de gran refinamiento ni en cocina ni en etiqueta. Dan buenos alimentos, frescos, sabrosos, de suculencia immanente, y ustedes ponderen la pedantería del adjetivo: los dan —y los cobran— buenos y, de paso, abundantes. A la gente le gusta esa doble oportunidad, de lo apetecible y lo mucho. Atiborran los locales y se atiborran ellos mismos. ¡Y de qué manera! Mastican y tragan, y beben, como unos desesperados. Sobre las mesas aparecen y desaparecen cantidades increíbles de carnes y de pescados, arroces, pastas, algunas verduras simbólicas, y vaso va, vaso viene, y lo demás. Las conversaciones suben de tono, en la voz y en el chiste; las caras se congestionan placidamente; se han olvidado las úlceras en el estómago o en el bolsillo... «Carpe diem!».

Ignoro qué porcentaje de la población local se permite tales alegrías gastronómicas; ignoro, además, la frecuencia con que dicho porcentaje suele gratificarse con las comilonas fuera de casa. Hoy mismo, con todo el embrollo de la «crisis económica» vigente, el detalle se hace aún más confuso. Pero ahí están. No pertenecen a la «alta burguesía», y ni siquiera a la «burguesía» estricta, sectores que cuidan sus intereses gastronómicos en el propio domicilio o, en cualquier caso, no acostumbran a obsesionarse por una mariscada opulenta, quizá pantagruélica, o por chuletones, paella o cochinitos asados. Las «clases altas», contra lo que se cree, y por regla general, comen poco: mejor, sin duda, pero poco. La clientela a que aludo es ligeramente «hortera». Que no equivale a lo que en castellano pintoresco significa «hortera», sino que engloba, desdeñosamente, a un tipo de «medio pelo», de profesión liberal a veces, «cuadros» a montones, y un resto indefinible, de familias que salen un día a echar una cana al aire. La incidencia de la «crisis económica» ante una brillante y copiosa fuente de «frutos de mar», por ejemplo, todavía está por aclarar. En sábados y domingos, concretamente.

«Gula» es, nadie me lo negará. Nutrirse es una cosa; devorar, otra. Personalmente, soy partidario de los famosos «siete pecados capitales», y lamento no haberlos practicado —ninguno de los siete— como es debido: sólo la avaricia, que ya es avaricia senil, y desde que empecé a sentirme senil. Bien está la «gula», ¡qué caramba! Un día es un día, y el hartazgo, si responde a las delicias del paladar y a una imaginación gastronómica discreta, es un «pecado» sensacional. Mejor que el otro: el de la fornicación. El vecindario for-

# Gula y dietética

nica habitualmente sin «platos fuertes», y el —los machos, se entiende— se resarce de sus frustraciones conyugales y extraconyugales con un menú opíparo, de vez en cuando. Los últimos clérigos escolásticos que quedan pensarán, desde sus confesionarios desiertos, que «la concupiscencia de la carne es infinita». La «concupiscencia de la carne» no siempre se centra en el bajo-ventre: a partir de cierta edad y de ciertas fatigas, se instala en el vientre a secas, quiero decir, en la operación de «comer bien». Freud no llegó a entenderlo, y de ahí que las fantasías psicoanalíticas hayan concedido tan poca importancia a los comestibles. Los comestibles ya son sociología. No «complejos de Edipo» ni bromas parecidas, sino precios y salarios, y un restorán al fondo.

El restorán es lo insólito: la excepción. La regla es la manduca domiciliaria. Las multitudes que, a final de semana, invaden los negocios amablemente confiados en «darles de comer», ¿qué han comido entre fiesta y fiesta? Lo que ofrece de sí el presupuesto familiar: el suerdo. Congelados, caldos en sobre, botes fáciles, y lo que la batalla cotidiana del mercado o del supermercado permite. O sea: una miseria. En casa se come poco y mal. ¿O no? A partir de un nivel de «ingresos», modesto, o modestísimo, se produce lo que llamamos la «represión palatal o estomacal». La superficie ingnomiosa de los que «ya han comido», fauna estrepitosa y no exactamente proletaria ni lumpen, han difundido la idea de que lo que cuenta es la «represión sexual». La «represión sexual» es el drama de la mesocracia puritana, apoyada por médicos y presbiteros. Por debajo y por encima de la mesocracia nunca el sexo fue un problema. Lo fue, lo ha sido, lo es el «comer». Comer bien y comer mucho, hasta llegar a ser «pecado» —de gula—, resultaba y resulta caro: muy caro. La lujuria es barata; la gula es cara. Lo cual, rizando el rizo, supone que «económicamente» la gula es más rentable que la lujuria. No es así, si bien se mira...

La lujuria diaria es barata; la gula diaria es cara. En ello me hago fuerte. Como los economistas profesionales han abandonado las categorías teóricas de los «pecados capitales», y ello es un error, no acaban de explicarse como Dios manda. Hace años que vengo reclamando que ellos, los economistas, precisen la «renta sexual per cápita». Ni caso. Los economistas, que hacen el amor como cualquier otro hijo de vecino, esquivan esa estadística: probablemente piensan que, declinando el problema a los «precios» y los «salarios», ellos disimularán su pequeño problema autobiográfico. Ni se comen una rosca, si son solteros, y su drama será, si son casados... Si quienes toman cartas en el asunto son los políticos, la conclusión aumenta en comicidad. Sobre todo, si los políticos son de izquierdas, o se llaman así. La izquierda de todas partes, mundo «horteril» que inunda los restoranes

y particularmente la celtibérica, es pusilánime y boba, en cuanto se refiere a las actividades de cintura para abajo. Son los sistemáticos reaccionarios del hipogastrio: pura «burguesía genital».

Luego viene el médico. El médico, en principio, tendría que estar por encima de la «lucha de clases». No es así, y paciencia. Los médicos, como los curas, están en contra de los «pecados capitales»: pretenden que no seamos glotones, ni iracundos, ni muy perezosos, ni demasiado avarientos, ni que abusemos del sexo, ni que exageremos la envidia, ni que ejerzamos la soberbia. La salud problemáticamente es eso: no practicar los pecados mortales, pero tampoco las virtudes correlativas. ¿Qué sería de la sociedad si todos fuésemos «virtuosos»? Respecto a lo de la comida, que es de lo que se trataba, los médicos nos inculcan una «dieta» tremendamente razonable: para salvar el hígado, el bazo, o el corazón, para mediatizar el colesterol o la llamada celulitis, para compensar la hipotensión o la hipertensión, para esquivar un cáncer, para no morirnos de viejos, y de viejos es lo último de que podemos morir... A la hora de comer, la tendencia es a la gula. Contra la gula, si no yerro, la recomendación de los vicarios era la abstinencia. ¿Abstenerse de qué? De comer cerdo, como un judío o un moro, y de comer pescado que no sea blanco, y de evitar grasas animales y vegetales dignas, y muchas opciones más. La abstinencia de los facultativos es muy similar.

Si todos fuésemos «razonables», nuestras comidas serían «dietéticas»: calculadas con calorías, vitaminas y no-sé-qué-más, para prolongarnos la supervivencia. El vecindario tiene miedo a morirse pronto, y procura no hacer excesos. Los monjes de la Trapa lo acertaron, pero no es eso. Nadie quiere ser trapense, por muy «saludable» que sea serlo. La «gula» —el consumo de preciosos materiales alimentarios habitualmente tóxicos, pero magníficos, y en gran escala— es lo que es: si no es más, es porque no hay más individuos con la capacidad de pagar lo que las tarifas de la hostelería piden. No se discute el asunto del hambre, sino el de la gula. Son esferas diferentes. Los restoranes de la «clase media» de este país constituyen una caricatura de la gula. Pero un día de vez en cuando. El día de cada día será una «alimentación» triste y desabrida: poco costosa. Y la noción de «salud» obliga a más. Comer pensando en la salud es una aberración. Los comensales de los restoranes de fin-de-semana se lo pasan en grande: disfrutan. Gambas, langostinos, ancas de cordero, ostras, pies de cerdo, salsas, y el resto. Los demás nos resignamos. A la «dieta», en principio: lo que aconsejan los médicos. Y al «no-poder-pagar»... Insisto: la gula es cara. Es el único «pecado capital» que se ha puesto por las nubes...

Joan FUSTER

## CARTAS DE LOS LECTORES

### LA FUERZA DE LA MUJER

Sr. Director:

Me refiero a la lectora J.E.J., cuya carta fue publicada en su diario del día 4 de enero. Es admirable su actuación, pues, además, está luchando en un medio ambiente que le es desfavorable: si ella «no quiere», otras muchas «sí quieren». Estoy convencido de que la culpa de que las mujeres no lleguen por completo a la misma valoración de los hombres, es, por desgracia, de las mismas mujeres. Si todas las mujeres hicieran como J.E.J., la táctica del hombre tendría que ser muy diferente pues al encontrar competencia en cuanto a capacidades mentales, estaríamos obligados a actuar de otra manera.

Muchas mujeres creen conseguir la igualdad haciendo todo lo que hace el hombre, desde fumar (no estoy en contra de ello) hasta la libertad sexual, consiguiendo así ponerse aún más a la disposición del hombre y, por tanto, atrayéndose en su condición de persona y de mujer. Si ésta no se graba de una vez en su inteligencia que la igualdad la ha de conseguir, y la conseguirá, básicamente con su esfuerzo intelectual, no hará nada positivo, pues seguirá al servicio del hombre.

Por sí puede servir de consuelo a J.E.J., le diré que en mi trabajo tengo mujeres bajo mi responsabilidad y siempre les he dicho que, para «su igualdad», han de desarrollarse como personas y no como máquinas «de dar»; pero en la misma empresa también las hay que creen más cómodo progresar «queriendo» hacer lo que les dice su jefe. También le diré que en ocasión de una feria, tuve que elegir entre seis proyectos que recibí para creación de un stand (cinco de hombres y uno de una mujer), y elegí el de la única mujer que se presentó, pero no porque la quisiera estimular ni por hacerle un favor haciéndole creer que era el mejor, sino porque realmente era el mejor proyecto que recibí, y con ese stand, y gracias a haber seleccionado el de ella, cumplí acertadamente con mi responsabilidad ante mi jefe.

Desgraciadamente, hay pocas mujeres como J.E.J., pero a pesar de los problemas que tiene y tendrá, le digo que ánimo y se mantenga, porque es una persona, aunque no le reconozcan su realización y su jefe no ha llegado a tal condición de persona: está vacío.

José ARRONIS CAPABLO

### CONTRA EL PRESIDENTE DEL TAXI

Señor Director:

Le ruego publique esta carta contestando a la del presidente de la Cooperativa del Taxi, señor Cuevas. Soy taxista y creo que vale la pena, por decirlo así, por no decir que me da mucha pena tener un presidente como el señor Cuevas, elegido por 780 votos de los 10.000 socios, y que tenga que recordar los «vencedores» y «vencidos»; no sé si vencer es ganar o ganar es perder.

Espero que nos demuestre que no es todo escribir a la prensa y de ir a la radio. Creo que el señor Cuevas debe demostrar lo que tanto ha publicado, si se encuentra capacitado. En la asamblea ya demostró, en repetidas veces, de lo que es capaz; se pidió, debido a la importancia de los puntos a tratar, que fuera en votación secreta, como está establecido en los estatutos, de los que ha denunciado públicamente en la prensa que eran de la era fascista, y los puntos aprobados se consiguieron a mano «alzada», impuesta por el señor Cuevas.

En cuanto dice que no consiguió nada, «afortunadamente», lo sabemos todos, porque su interés era la venta del patrimonio y no lo consiguió, a pesar de sus lagrimitas.

Dice que se da por ofendido porque le llamaron «fascista», pues creo que los ofendidos son los «fascistas», porque su estilo lo comparo al de Pinochet. En cuanto dice que no accedió a unas presiones minoritarias, y que calificó de desesperado intento para romper la asamblea, falló por error de cálculo, «pero suyo», porque esto era lo que le interesaba. Lo provocó y no le salió bien; quería que la hiciésemos mártir, como quedó bien demostrado. El especialista en romper asambleas es él, como lo ha demostrado en las últimas, «cuando alguna de éstas podía haber sido la salvación de la Cooperativa».

Este señor, que se da por ofendido, no quiere las votaciones secretas, y si impone a mano alzada. Juzgen ustedes mismos.

Pablo HIDALGO

### TRISTE CABALGATA

Señor Director:

Durante mi tierna infancia solía asistir con la mayor ilusión del mundo a ver la Cabalgata de los Reyes Magos de la cual guardo el más grato recuerdo y dicho sea de paso era digna de Reyes. Pero si mis hijos siguen viendo en los pocos años que les quedan de ilusión infantil, la Cabalgata en Barcelona, no tardarán en tener una terrible desilusión.

La de este año, no sólo puede calificarse de «astera» como lo ha hecho un periódico barcelonés, sino de «deplorable». Cualquier pueblo de la provincia podía superarla.

Considero una falta de delicadeza por parte del organismo que la organiza, el Ayuntamiento creo, hacer pasar a sus ciudadanos una hora, en el mejor de los casos, de pie con sus hijos en plena calle esperando con ansiedad la Cabalgata para ver pasar, en menos de cinco minutos, tres especies de carrozas que dejaban muchísimo que desear, con tres reyes de los cuales sólo uno mostraba interés por el público que le aclamaba, sin ningún tipo de acompañamiento musical, que tanto contribuye a su coremoniosidad, con reparto escaso de caramelos y como gran fin del cortejo un desfile de dos coches de bomberos, una ambulancia, eso sí tocando las sirenas, y un camión de basura. Algo increíble.

Mientras por la noche meditaba cuáles podían ser los motivos de tan terrible austeridad, cuál fue mi sorpresa al ver por televisión en «Última Hora» la gran Cabalgata que había tenido lugar en Madrid. Miles de luces, trompetas, pajes vestidos a la antigua usanza, muñecos de Walt Disney... en fin por todo lo alto.

Nunca he sentido envidia por lo que sucede en la capital, sin embargo, en esta ocasión me he quedado perpleja y me pregunto, ¿no iban mejor las cosas en nuestra ciudad cuando todo estaba bien centralizado...?

Alicia MAS S.

### LOS OTROS SINDICATOS

Señor Director:

Permítame informar a la opinión pública sobre la acusación de amarillismo que Comisiones Obreras y UGT han lanzado

sobre nosotros, y de la que se han hecho eco algunos periódicos.

Necesitamos un sindicato que represente y defienda única y exclusivamente los intereses de los trabajadores, sin dependencia de ningún partido político. De todos es conocido que esas dos «eventuales» de la actualidad sindical (Comisiones Obreras y UGT) tienen sus correspondientes «padrinos» políticos (el Partido Comunista y el PSOE), que les han obligado a aceptar el «Pacto de la Moncloa» y lo que es peor, a que obliguen a aceptarlo, como ya lo están haciendo a los trabajadores, haciéndolos comulgar con verdaderas ruedas de molino. Y cuando Comisiones Obreras y UGT (dependiente la primera del PCE y la segunda del PSOE) están en un continuo parloteo con el ministro de Trabajo, ¿cómo es que se atreven a lanzar anatemas de «amarillismo» sobre otros sindicatos no marxistas y que no dependen de ningún partido? ¿No salta a la vista que los más amarillos que existen ahora son las Comisiones Obreras y la UGT?

El Sindicato Independiente de Trabajadores de Crédito es completamente independiente, democrático, con una secretaria general elegida desde la base, no impuesta (como en CCOO y UGT), rechazamos el «Pacto de la Moncloa» y en su día remitimos sendos telegramas a Jiménez de Parga y a Suárez; somos un sindicato específicamente profesional, y las únicas órdenes o consignas que obedecemos son las que emanan de la base a través de la asamblea. Rechazamos el capitalismo liberal y el marxismo. Nosotros estamos abiertos a todos siempre que vengan con esta noble intención: hacer sindicalismo independiente, de clase, específicamente profesional, defendiendo con seriedad, firmeza y eficacia los intereses de los trabajadores; sin demagogia de ningún tipo, y sin intentar hacer servir a la clase trabajadora de capayos de cualquier partido político, como CCOO y UGT lo han hecho en el Pacto de la Moncloa.

El único sindicalismo verdadero tiene que ser así; lo otro es darles ¿gratis? a los partidos políticos una masa de extras para que puedan representar su barroca tragicomedia.

José GUTIERREZ RODRIGUEZ  
(Vicesecretario general del SITC de Barcelona)